

Nietzsche, el escritor y el pensador²

Notas para el comentario de su muerte

Nietzsche se ha convertido en un filósofo tan popular, tan explotado, tan tristemente reducido a frases hechas y juicios extremados y dogmáticos, que precisamente por eso, al estar impregnado de matices y perspectivas, de sutil pluralidad, de finísimas ironías para paladares selectos de gusto insobornable, puede que necesite con más urgencia que muchos otros algún tipo de "presentación personal". Seguramente ya debe de ser bien sabido que, en primer lugar y por desgracia, fue sobre todo un caso clínico, un hombre gravemente enfermo en manos de médicos, psiquiatras y psicólogos. Los curiosos lectores de *La belle époque* simplemente captaban a un personaje con el "aura" morbosa del sifilítico que se había vuelto un loco irrecuperable, que muere relativamente joven y que recibe una escandalosa fama póstuma que jamás había tenido en vida, cuando estaba lúcido y publicaba libros para cuatro gatos más o menos amigos suyos, pagando además la edición de su propio bolsillo, el pobre. Las precipitadas y curiosas lecturas tardaron decenios en descubrir al gran filósofo enmascarado que se ocultaba tras unos libros tan atípicos y seductores. Sin embargo, a partir del momento en que autores tan exigentes como Jaspers, Löwith, Horkheimer y especialmente Heidegger, lo interpretaron como un hito fundamental en la historia de la metafísica occidental, ha sido respetado como un pensador esencial de la modernidad contemporánea, como un miembro decisivo de las filosofías de

¹ Joan B. Llinares es profesor de Filosofía de la Universidad de Valencia. Dedicó su tesis doctoral al estudio de la filosofía del joven Nietzsche. Desde entonces ha publicado numerosos artículos sobre diversos temas en este autor (filosofía del lenguaje, la concepción de la ciencia, el escepticismo, la tragedia, la muerte del arte, la genealogía de la moral, la sexualidad, etc.). Es un traductor reconocido de su obra. Últimamente se ha interesado por la recepción del legado nietzscheano entre los grandes escritores y pensadores de la primera mitad del siglo XX, en especial G. Benn, R. Musil y T. Mann. Agradecemos la cesión de este texto por parte del autor y las facilidad y amabilidad mostrada con la revista.

² Este texto forma parte del prólogo o estudio introductorio, Nietzsche, F; *Llibre de Sentències (Seguit de Sobre veritat i mentida en sentit extramoral)*. Traducció i Edició a cura de Joan B. Llinares, Valencia, setímg, 2001. Agradecemos también profundamente a JoséGonzález Ortega, que de forma totalmente desinteresada a realizado la traducción de este texto al castellano.

la sospecha, responsable y actor principal del giro lingüístico e incluso — dicen— de la llamada "postmodernidad". Se ha convertido, por lo tanto, desde las postrimerías de los años sesenta, en un autor de presencia obligada en los programas de filosofía más básicos de todo el mundo, es decir, en un autor académico de bien ganada referencia, un maestro de nuestro presente.

No todo son glorias en este hondo reconocimiento de un buen puñado de filósofos, desde Deleuze, Foucault y Derrida hasta Adorno, Colli, Danto o Vattimo, incluyendo al maduro Habermas; los exámenes también pueden hacer odioso a un poeta que abandonó la academia debido a la ausencia de libertad integral y a la falta de verdad radical que sintió cuando se encontraba en ella. Además, parece que, excepto quizás en los libros de algunos germanistas extranjeros y en viejos artículos de grandes literatos argentinos, apenas se recuerda que este autor tan meteórico optó por ser un escritor para artistas con sensibilidad de músicos, es decir, un riguroso esteta de las palabras que iba utilizando con objeto de convertirse en quien era realmente, un pensador solitario que escribía para todos y para nadie, porque sobre todo escribía para sí mismo, con más veracidad de la que le permitían las instituciones superiores. Así, pues, proponemos que se le lea y se le disfrute como a un magnífico maestro del pensamiento y del lenguaje, herramienta que jamás utilizó sin ser plenamente consciente del poder y de las trampas de esta extraña maravilla de los animales humanos. Cuando se ha dispuesto de buenas ediciones y traducciones —y a veces simplemente de reimpressiones de versiones viejas y discutibles—, lectores, ciertamente, no le han faltado por todas partes. Por nuestra parte quisiéramos, liberados un tanto de las obligaciones profesionales para con el denominado árbol de la sabiduría, intentar una pequeña descripción de un extraordinario jardín, de un huerto ameno que podría ser todo él, con flores frescas, auténticas y aún poco conocidas —gracias también al interés y a las oportunas correcciones de unos buenos amigos—, un pequeño homenaje muy concreto y condicionado por la oportuna fecha de un año de celebraciones.

Uno de los poetas alemanes más grandes del siglo XX, Gottfried Benn, escribía en su prosa diamantina y reflexiva hacia mediados de siglo que había sido la invitación de una revista literaria francesa a que colaborara en un monográfico dedicado a la figura de Nietzsche, lo que le había recordado, en contra de todas las apariencias, que la ausencia física de este formidable hombretón, de rostro tan expresivamente fotografiado y dibujado, cumplía en aquel momento justamente medio siglo. ¡Quién lo hubiera dicho! Ciertamente ya hacía cincuenta años de la muerte de Nietzsche desde el 25 de agosto de 1900, y, peor aún, el conjunto de su obra, por desgracia, había dejado de crecer desde hacía más de sesenta años; para ser exactos, desde comienzos de 1889, cuando una terrible crisis psicósomática en la ciudad de

Turín sumió a la prodigiosa mente del pensador en la trágica tiniebla irre recuperable de una denominada parálisis cerebral progresiva. De manera semejante, como dicen y recuerdan la prensa y los congresos de nuestros días, este año de cambio de milenio tenemos la oportunidad de conmemorar el primer centenario de aquella muerte que tuvo lugar no lejos de la simbólica ciudad de Weimar, en Silberblick, la villa modernista que Elisabeth, la sinuosa hermana dedicada en cuerpo y alma a la tarea propagandística de aquel legado, había conseguido con los derechos de autor y las aportaciones de los masificados y fanáticos discípulos del hermano, y que en aquel momento ya había convertido en el famosísimo Archivo Nietzsche. Los papeles que en él se conservan y que ya tienen, por tanto, más de cien años, no parecen, por el momento, ni más viejos ni tampoco ya envejecidos. Por el contrario, cada vez están más vivos y presentes, necesarios y esclarecedores, de forma que, una vez más, podemos dedicarnos a celebrar, medio siglo más tarde, este hito culturalmente significativo sin regustos ni rituales necrológicos: no tenemos más que abrir los ojos y reconocer aquello que continúa aleccionándonos y contribuyendo en buena medida a saber dónde estamos y qué somos realmente, qué es lo que pasa y lo que nos pasa en la vida, esta luz que nos afirma y que afirmamos.

En el año 1950, como decíamos, Benn, refiriéndose a su generación, que no fue una generación cualquiera, sino precisamente la que luchó en la Primera Guerra Mundial y la que, por lo tanto, tuvo que vivir repentinamente aquella enorme crisis de Occidente que significó la gran ruptura histórica de un auténtico cambio de época, confesaba: "En el fondo, todo lo que mi generación ha discutido, expuesto y pensado en su fuero interno, es decir, ha sufrido; aún más: ha explanado sin dejar ningún saliente, todo ello se había ya expresado, agotado y formulado definitivamente en la obra de Nietzsche; el resto no era sino exégesis. Su estilo peligroso, turbulento, fulgurante, su dicción desazonada, su renuencia a todo final idílico y a todo fundamento universal, su recurso a una psicología de los impulsos, la constitución orgánica como motivación, la fisiología como dialéctica —«conocimiento como pasión»—, todo el psicoanálisis y el existencialismo constituyen obra suya. Como aparece cada vez con mayor evidencia, Nietzsche es el gigante por excelencia de la época post-goetheana".³

Al fin y al cabo, añadía el poeta, el psicoanálisis y el existencialismo, la revolución artística de los expresionistas y de los formalistas, la voluntad de un estilo arriesgado y al mismo tiempo inestable, la renuncia a las utopías, a los idilios y al mismo tiempo a las fundamentaciones de carácter general, la combinación de fisiología y conocimiento, de cuerpo y espíritu —esto es, el

³ Gottfried Benn, *El yo moderno*, traducción de Enrique Ocaña, Pre-Textos 1999.

reconocimiento de las pulsiones y de las emociones en la tarea dialéctica del pensamiento por siempre insatisfecho—, todas y cada una de estas corrientes importantes del siglo XX, brotaban de aquel silencioso y profundo lago de alta montaña del legado nietzscheano. Los frutos posteriores eran en cierta medida la obra de aquel hombre solitario y limpio, afirmativo y crítico, ultrasensible y a veces excesivo, un verdadero sismógrafo que detectó antes de tiempo el terrible terremoto que se avecinaba y que lo expuso con precisión en palabras nuevas y sorprendentes, palabras tan poderosas que se podría perfectamente afirmar con justicia, hechas las comparaciones pertinentes, que fue "el terremoto de la época y el más grande genio de la lengua alemana después de Lutero".

El elogio hecho por el poeta Benn, realmente, no es desmesurado; otros escritores de la primera mitad del siglo como Stefan George, Hugo von Hofmannsthal, Robert Musil o los hermanos Heinrich y Thomas Mann, por ejemplo, también han escrito semblantes con toda convicción. El último, pongamos por caso, le reconoció como su maestro moral, como vidente y guía que nos conduce hacia un nuevo porvenir humano, como artista del lenguaje, pensador y psicólogo que ha modificado la atmósfera entera de su época y como el crítico más grande de la moral de la historia del espíritu. Tampoco es casual que el mencionado elogio tuviera que ser redactado a petición de literatos franceses como Georges Bataille o Henri Lefèbvre, que ya habían comenzado una nueva lectura de Nietzsche sin las calumniosas sospechas de los difíciles días de la Segunda Guerra Mundial. Los militantes de la resistencia italiana también le leían. Efectivamente, el conjunto de influencias y de incitaciones que ha ejercido la obra del pensador itinerante va más allá de las fronteras de su país y de su lengua, y a lo largo de todo el siglo XX se ha confirmado como un fenómeno plenamente europeo y, por ello, de incidencia planetaria. Para demostrarlo no tenemos más que recorrer las diferentes traducciones de obras más o menos completas y de ediciones críticas de este legado en diversas lenguas y ámbitos culturales, desde las universidades norteamericanas y sudamericanas hasta las editoriales japonesas. Pero no es necesario precipitar ni extremar las cosas; de momento volvamos nuevamente al ensayo de Benn que, en lo que respecta a la imagen de Nietzsche, es un buen síntoma de lo que le pasaba a mediados de nuestro siglo: Benn fue un médico en activo a lo largo de toda su vida y sabía hacer excelentes diagnósticos de ciertas enfermedades y curaciones que también le afectaron a él mismo.

Sí, podemos afirmar que nos encontramos ante un gigante del espíritu y un genio lingüístico; ahora bien, ¿no será quizás, además de un autor políticamente incorrecto, hablando sin bromas ni paliativos, un autor políticamente peligroso? ¿Acaso no se dice que escribió textos racistas,

antihumanistas y, por descontado, diametralmente opuestos al cristianismo, a la democracia y hasta a la fe en la ciencia? ¿No condicionaron la enfermedad y la locura que le afectaron un tipo de escritura también bastante enferma y alocada, irracionalista, inconcluyente y contradictoria? He aquí la negra sombra y la mala fama que suelen aparecer con solo mencionar su nombre, que no es más que la propia oscuridad que nosotros proyectamos cuando le mencionamos. Reconsideremos, pues, los problemas que ya tuvieron que ser meditados hacia 1950 y tratemos de ver claro.

Las palabras del legado del filósofo, dinamitadoras y vocingleras en determinados pasajes, arriesgadas e impresionantes siempre, en momentos llenas de aparentes contradicciones y de cuestionamientos muy drásticos, han sido utilizadas de manera aislada y descontextualizada para justificar y legitimar las diversas posiciones que, sobre todo en las luchas ideológicas y sangrientas que desembocaron en la Segunda Guerra Mundial, han inspirado determinadas políticas bastante inhumanas. Las deplorables opciones antisemitas y nacionalsocialistas de la abusiva hermana, que en calidad de única albacea dispuso en exclusiva del legado con falsas ediciones de obras semicompletas bastante censuradas y demasiado descuidadas, combinadas con la muy fotografiada visita de Hitler al Archivo Nietzsche y con las interpretaciones fascistas de los textos nietzscheanos, por ejemplo, las de A. Rosenberg y A. Bäumler, junto con las de otros autores del "pensamiento cautivo", que, en contra de toda razón, los interpretaban como defensores a ultranza de un irracionalismo desahogado y desatadamente romántico, han significado una inmerecida calumnia bien aprovechada y muy insistida, de difícil limpieza y aclaración. Recordemos, sin embargo, unos pocos hechos: el filósofo se manifestó inequívoca y reiteradamente en contra de los alemanes nacionalistas y antisemitas, como lo habían sido su cuñado y su hermana, con la que cortó su relación; escribió grandes alabanzas a la necesaria aportación judía a la mejor cultura europea del pasado, del presente y de todo posible porvenir interesante y deseable; criticó a fondo el espíritu típicamente alemán —este carácter generalizado de súbditos del emperador y de Bismark—, se denominó apátrida —al fin y al cabo, desde que se fue a Basilea no tenía papeles que acreditaran su nacionalidad— y quiso ser un buen europeo, heredero de Europa. Además —¿será necesario repetirlo una vez más?— la "bestia rubia" que aparecía en su obra no era ninguna metáfora que simbolizara la raza de la juventud germánica de ojos azules y pelo rubio, en la que todos querían ser arios, sino que aludía a los leones de gran cabellera rubia que habitan el desierto, unos animales valientes y solitarios que dicen y que practican el "¡No!", liberándose de las cargas recibidas a lo largo del pesado proceso de socialización y de gregarismo, de aceptación de la moral tradicional y de las leyes de la manada —etapa ejemplificada en los textos del filósofo por otros animales, como los camellos y los asnos. Parece, sin

embargo, que las apresuradas e insostenibles lecturas que ciertos políticos han hecho de su obra, olvidándose por completo de los explícitos referentes a la Grecia homérica, tan estimada por el pensador, son una grave responsabilidad que hay que atribuirle al escritor por posibilitar tales usos con sus inauditas formulaciones y por haber tenido tan inmerecida historia efectiva como la que ha tenido que arrastrar. Curiosa manera de invertir a Platón. Ahora los políticos aleccionan a los filósofos y explican sus teorías, ¡la Academia ya puede cerrar sus puertas! No, nosotros no queremos pertenecer a ese mundo que no utiliza la cabeza para pensar y que siempre descarga la propia responsabilidad sobre víctimas propiciatorias.

Retengamos en la memoria que, a pesar de todo, Nietzsche pidió en varias ocasiones que con sus libros se fuera paso a paso; exigía que se meditaran, incluso que se rumiaran, cada una de las máximas y sentencias que escribía, que se las leyera atentamente, saboreándolas, como suelen hacer los filólogos que trabajan fragmentos de los clásicos grecorromanos; y sobre todo aconsejó y recomendó mucho cuidado, *tempo lento* y no tener nunca prisa para poder aprender a relacionar de esta manera reflexiva lo que dicen unos libros con lo que ya comenzaban a decir los que les precedían, porque ése es el único camino acertado para comprender las tesis expuestas y verlas nacer y desarrollarse, una vez nos hemos familiarizado con los problemas que desde tantos puntos de mira se van tratando en ellas. Sin embargo, por lo que parece, nuestra época de consumo rápido y comunicaciones instantáneas, visuales e ininterrumpidas, ha tenido en numerosas ocasiones la pretensión de simplificar su tan extenso y variado legado, reduciéndolo a una especie de breviario de tópicos elementales y ridículos, aderezados con misoginia extrema, con ateísmo para terroristas y con ilusiones infantiles. Por ejemplo, se ha hablado de un superhombre tan inverosímil que no se sabe del todo si es el producto de genetistas neodarwinistas que trabajan en nuevos campos de concentración o bien una variante más polícroma, concebida por algunos guionistas de cómics que ya habían sido capaces de engendrar a *Superman*, al hombre araña y a otros homúnculos *mass-mediáticos*. Pero dejémonos de bromas: la pereza mental no merece ningún tipo de debate.

Esta deplorable degradación que un artista tan refinado y póstumo ha sufrido a lo largo del siglo –y, por lo que nos dicen, parece que aún está sufriendo–, olvida demasiadas cosas; ignoran que hoy en día ya podemos leer todos, absolutamente todos los papeles, notas y apuntes que salieron de la pluma de Nietzsche y que nos han sido conservados, incluidas las cartas postales denominadas de la locura y los apuntes inacabados y casi indecifrables de los cuadernos –pruebas aisladas, herméticas, constitutivamente problemáticas–, como el que escogió Derrida para un sugerente comentario: "He olvidado el paraguas". Debemos, pues, establecer diferencias entre lo publicado y lo póstumo, contextualizar siempre las citas

de autores resumidos o consultados, las afirmaciones reiteradas, las críticas establecidas y las hipótesis expuestas y, en especial, conviene no perder nunca de vista el sentido general de la obra, quizás una de las odas a la alegría más exigentes y radicales que haya realizado un ser humano, la vida del cual, sin duda, fue excepcionalmente sensible para todo aquello que los griegos antiguos nos enseñaron a comprender con unas creaciones imprescindibles, las tragedias: recordemos brevemente la muerte del padre, la muerte del hermano pequeño, las enfermedades constantes, el grave accidente militar que sufrió, etcétera.

Además de esta labor necesariamente cuidadosa con una obra de registros tan diferentes, el hecho de interpretarla nos compromete, ya que cuando vamos perfilando los resultados de nuestra lectura de estas páginas, lo que vamos dibujando, como ya nos advirtió en varias ocasiones, no es más que nuestra propia imagen, los frutos de nuestra sensibilidad, la fuerza y las carencias de la libertad que pensamos que tenemos, los límites, las fronteras y las flagrantes contradicciones de nuestras opciones y esquemas de valor, confrontados frente a un espejo detallado y honesto que no deja rincones por adivinar. Y a menudo no nos es demasiado grato percibir lo que va saliendo a la luz. En este sentido Nietzsche nunca deja que abandonemos la conversación con Sócrates —sin dejar de debatir todas esas cuestiones— ni que detengamos el ensayo de lo que suponemos que somos, tal como empezó a ponerlo sobre el papel aquel hombre del Renacimiento que firmaba con el nombre de Michel de Montaigne. En efecto, sus libros y fragmentos son prácticas incesantes de filosofía y escritura como ejercicios de autoconocimiento y, por eso mismo y con todo el derecho del mundo, son una fuente de primera magnitud de lo más característico de la literatura de la modernidad: nos referimos, como es obvio, a la autobiografía y al ensayo, al proceso de ir describiendo con ocurrencias la novela de la propia vida que cada uno de nosotros vamos construyendo. Y, como siempre solía hacer, el mismo Nietzsche, el autor de *Ecce homo*, avanza, lucha en primera fila y predica con el ejemplo, con su propia vida y escritura, es decir, con la escritura de su vida.

A pesar de todo y para echarle un último vistazo al triste problema que estábamos considerando, pensamos que dedicarse a revisar la injusta fama de Nietzsche a lo largo de este siglo quizás sobrepase con mucho lo que sería un mero trabajo de erudición y de enmiendas hermenéuticas, porque también nos permite descubrir con contundencia una de las deficiencias y de las contradicciones principales de los sistemas democráticos y de las sociedades neocapitalistas y teledirigidas, como lo es ésta en la que vivimos; a saber, que si bien es bastante fácil conseguir en la gente hábitos de consumo uniformados y digitalizados, nunca lo es, por el contrario, la formación de personalidades singulares y autónomas, entre otras razones, porque este largo

proceso no es reducible a la dimensión económica de la inversión y el rápido aumento —o descenso— de los valores, como ocurre en la bolsa, ni tampoco promete felicidad, contento y placer inmediato, como quizás proporcionan momentáneamente ciertas drogas de diseño altamente lucrativas y costosas. Muchas veces la tarea de convertirse en aquel que uno verdaderamente es genera desazón, discusión, riesgo y aislamiento, en una palabra, aquello que uno de los heterónimos de Pessoa denominaba *desassossego*. Con esto no queremos decir, claro está, que los libros de Nietzsche sean las excreciones del temperamento de un amargado. Bastante más acertado sería entenderlas como el aspecto crítico irreductible de un gran afirmador de la vida que no se conforma con satisfacciones parciales ni puede ya, ni lo soporta, respirar aires contaminados y turbios, acostumbrado al azul cristalino de la atmósfera pura de los caminos de los Alpes suizos. La obra de Nietzsche también tiene, por consiguiente, un hilo conductor permanente y constitutivo ya desde las cartas a los familiares de su época de estudiante y las primeras conferencias como profesor universitario en Basilea, que podríamos rotular como "crítica de la cultura", en las que encontramos una tesis extemporánea que desmonta la pretendida formación dentro de las más loadas instituciones de enseñanza: la cultura no es un negocio ni una moneda corriente; la que merece ese nombre siempre es un revulsivo, es peligrosa como la dinamita que obliga a nuevas construcciones y también es la verdadera droga de liberación del espíritu y de la reconsideración del cuerpo, al margen de los expertos ajenos. Nunca entra ni puede entrar, por consiguiente, en los programas de los partidos políticos y en los credos de las iglesias, porque se escucha dentro de la voz interior que perciben los lectores atentos e inteligentes que dialogan con los maestros que, desde la Grecia arcaica, transmiten un mismo fuego sagrado. Estas condiciones estructurales de aquello humano que denominamos con un término a la vez tan latino y tan característicamente germánico como es "cultura", son las que posibilitan la comprensión de la fuerza sustancial y las debilidades accidentales de la obra nada frívola de Nietzsche, si no es un ultraje utilizar aún viejos adjetivos de raíz aristotélica. La formación que ofrece es un camino de soledad, de descubrimiento y de experimentación de aquello que somos.

En pocas palabras, ésta es la tarea que pensamos que asume esta obra y que ha ido desarrollando desde diferentes perspectivas: elaborar una perspectiva larga y sutilmente argumentada a la hora de replantear los ejes centrales y el fundamento capital del concepto de razón —y, por lo tanto, del ser humano entendido como un animal racional— que, hijos de una larga tradición, reivindicaron los ilustrados del XVIII y radicalizaron después los filósofos idealistas y los positivistas del XIX. En cualquier caso, no se trata en absoluto de una liquidación o eliminación categórica de la razón, porque la propuesta se argumenta y se razona, sino de una torsión que pretende

ensanchar y liberar al mismo tiempo el concepto anterior. El giro que produce se pretende aún más crítico y radical que el copernicano y el kantiano, afectando y abrazando aquello que ha estado silenciado y que ha permanecido inconsciente —las pulsiones, la voluntad de crecer, el problema del poder, el cuerpo, el caos originario—, aquello que pasa desapercibido o que es desatendido como medio —el lenguaje de las palabras y el de los sonidos, la retórica y la música—, todo aquello que ha sido considerado desde siempre justificado y fundamentado y, por lo tanto, un presupuesto fijo e indiscutible —el bien y el mal de la moral, la verdad y la mentira de la filosofía, el conocimiento necesariamente limitado y condicionado de las ciencias, la unicidad, lo ultramundano y atemporal de cierto concepto de lo divino... El combate que aquí se libra, por tanto, va a la raíz y a los principios de la filosofía occidental y es de dimensiones ciclópeas y de tremendas consecuencias; sin embargo, ha sido desarrollado con mano fría y elegantísima que antes que nada trabaja sobre el propio cuerpo y con la propia sangre; el luchador y guerrillero que está al frente de él, a pesar de enfermedades y de soledades casi inhumanas, no se ha permitido ni un solo momento de descanso; las realizaciones de esta rara especie de nómada del pensamiento, los restos de su gesta ya realizada a pesar de la prematura y brutal interrupción que la paralizó definitivamente son tan abundantes y valiosos que impresionan, ciertamente, al más prolífico y exigente por la cantidad y por la cualidad que los caracterizan.

En efecto, la mera enumeración de los títulos de las obras publicadas y preparadas para la imprenta habla por sí misma sin más comentarios. Abarca desde la primera, *El nacimiento de la tragedia* (1872) —cuando tenía veintisiete años y ya llevaba casi tres trabajando como catedrático de filología clásica en la Universidad de Basilea— hasta las que ya no pudo ver editadas debido al trágico declive psíquico de enero de 1889, como *El crepúsculo de los ídolos*, *Nietzsche contra Wagner*, *El Anticristo* y *Ecce homo*. Debemos recordar también las que escribió ligado aún a la cátedra: las cuatro *Consideraciones intempestivas* acabadas y publicadas entre 1873 y 1876 y el primer volumen de *Humano, demasiado humano* (1878), así como los interesantísimos cursos universitarios, las conferencias y los escritos póstumos, como *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* o *La filosofía en la época trágica de los griegos* (1873). Jubilado por motivos de salud desde el año 1879, fue componiendo año a año sin interrupción todo un corpus de textos impresionantes; a saber, el segundo volumen de *Humano, demasiado humano* (primera parte [1879] y segunda parte [1880]), *Aurora* (1881), *La gaya ciencia* (1882), *Así habló Zaratustra* (1883-1885), *Más allá del bien y del mal* (1886), *La genealogía de la moral* (1887) y *El caso Wagner* (1888), juntamente con el libro de poemas *Ditirambos de Dionisos* y diversos prólogos para nuevas ediciones de las obras anteriores. Los libros son el fruto

de una vida con constantes cambios de residencia —los inviernos en Génova, Niza o Turín, los veranos en balnearios, en Venecia y, sobre todo, en Sils María (Alta Engandina, Suiza). Cada uno de ellos, además, tiene su propia peculiaridad, su sabiduría compositiva, un perfil distintivo inconfundible.

Sin embargo, el legado abarca un conjunto de papeles escritos mucho más extenso: la serie de los diecisiete libros citados no es más que una tercera parte de la obra escrita, ya que, además de los numerosos volúmenes del epistolario conservado —a menudo una especie de interesantísimos comentarios personalizados de las circunstancias en que se crearon los textos y del mensaje que contienen entre líneas— también incluye los artículos y lecciones de la época de juventud, fruto de su dedicación profesional a la *filología clásica*, así como las *composiciones musicales* que completó, casi todas escritas durante sus años universitarios. Hay que añadir —y no por mera pretensión de erudita exhaustividad, sino por el reconocimiento inevitable de otra tercera parte fundamental del legado del pensador—, hay que añadir, lo repetimos, el conjunto de volúmenes que reúnen el contenido de los diversos cuadernos que fue escribiendo a lo largo de toda su vida, es decir, los imprescindibles y utilísimos *fragmentos póstumos*, la cantera de la obra publicada, el laboratorio de pruebas del ensayista. Hoy en día ya tenemos una edición suficientemente fiable y completa de todo este material, especialmente famoso porque, entre otras cosas muy valiosas, contiene el proyecto y el plan de una obra anunciada y luego desechada., con un título de máxima significación ontológica en la filosofía de Nietzsche: nos referimos, efectivamente, a *La voluntad de poder*. Éste es en rápida síntesis el legado completo de los escasos veinte años de producción lúcida del escritor Nietzsche. Un monumento de una altura considerable, una mina llena de tesoros.

Frente a semejante obra no vale la pena perder el tiempo discutiendo si quizás ha sido la sífilis y sus bien estudiadas etapas de euforia y de depresiones cíclicas, o bien la locura incubándose en el cerebro —por no mencionar las "drogas" terapéuticas, recomendadas por los médicos para el tratamiento de los dolores— la causa desencadenante y el principal factor responsable de tanta creación: por suerte o por desgracia, el estilo de un escritor se consigue simplemente con la fidelidad a ciertos menús gastronómicos; por magnífica que sea la carta de espirituosos que la acompañe, ni en las manos de los productores de las mal denominadas "drogas" reside la capacidad de desviar el planteamiento y la constitución de los problemas que, desde la Grecia antigua, cultivan los filósofos. Por otro lado, el hecho de que Nietzsche luche cara a cara con Platón y, con no menor decisión, contra aquella particular versión de "platonismo para el pueblo" que, a su parecer, es el cristianismo, son cuestiones centrales que, como occidentales, nos afectan a todos y frente a las cuales todos debemos

manifestarnos. No conviene, pues, desaprovechar la oportunidad que su obra nos ofrece, porque no es frecuente encontrar a un autor que se exprese con tanta honestidad y sin ambigüedades ni hipocresías. El resto ya es asunto de cada uno de los lectores. En cualquier caso, luchar contra Nietzsche es lo único genuinamente nietzscheano y, además, siempre fortalece.

Las obras de Nietzsche tienen una característica formal que las distingue y las acerca a los libros de los moralistas y a las ediciones de los pensadores preplatónicos: la textura aforística, la escritura fragmentaria, las máximas lapidarias e inolvidables. He aquí una peculiaridad que comparte con uno de los filósofos que más apreció, el viejo Heráclito. Quizás los dolores oculares, los insomnios y las opresoras migrañas favorecieran un estilo concentrado, fulgurante y corto, de gran precisión terminológica y expresiva, semejante a los versos de un poema y a los artículos de los credos, algo idóneo para ser compuesto mientras se camina o durante sus afortunados y esporádicos momentos de bienestar. Como nos dice un fragmento póstumo de 1877, si bien no se sabe si las experiencias de la vida expuestas en forma de sentencias tienen alguna utilidad para los demás, lo que es indiscutible es lo que tienen de beneficioso para aquel que las escribe: forman parte de los medios para aligerar la vida. Incluso de los acontecimientos o momentos de la existencia más desagradables y llenos de espinas es posible extraer sentencias y de ellas un bocado bien agradable y de este modo, encontrarnos un poco mejor. No obstante, desde *El nacimiento de la tragedia* hasta *La genealogía de la moral*, pasando por las *Intempestivas*, es decir, a lo largo de todos los años de producción, el legado nietzscheano demuestra que no hay incompatibilidad entre esta opción estilística de formato reducido y la capacidad de mantener un discurso de alta densidad y largo desarrollo: cuando el tema requería un tratamiento extenso y continuado, no faltaron, por fortuna, ni las fuerzas ni la reflexión de largo aliento.

Nietzsche escogió a conciencia esta forma tan particular de escribir, no sólo por las virtudes terapéuticas y literarias que tanto le favorecían, sino por las adecuadas dimensiones filosóficas, tan intrínsecas como contextuales, de este género. Como él mismo explicó en cierto pasaje de *El crepúsculo de los ídolos*, el aforismo y la sentencia son las formas de la "eternidad", las más aptas para sintetizar una tesis o una perspectiva, para resumir una experiencia o la concepción de un problema; la brevedad, la fácil memorización y el acierto expresivo de que gozan, favorecen, pues, el hecho de que perduren inscritas sobre piedra. Sabía muy bien que en este terreno tenía unas condiciones excelentes, que era el primer maestro, el mejor de entre los escritores alemanes. Se servía de este medio porque lo que quería era llegar a decir en diez frases lo que los otros habían necesitado un libro entero para poder decir; aún más, ambicionaba decir todo aquello que los otros *no*

conseguían expresar en un libro... Evidentemente, sólo se puede llegar tan lejos si lo que se dice condensa toda una serie de reflexiones y argumentos y lo exige al mismo tiempo por parte del lector para ser así bien entendido y, además, si arrastra muchas insinuaciones y provoca tales sugerencias, sea por la ironía que rezuma, por la sorpresa que produce o por la reticencia que manifiesta, que con lo que se dice se inicia un nuevo camino y se abre un nuevo panorama que ensancha todo lo previamente conocido, obligando así a insospechadas aventuras.

Todo esto acaece —oh maravilla— sin apenas decir nada, manteniendo en todo momento la discreción y el más colmado de los silencios. Un fragmento póstumo de 1876 lo explica: una sentencia es un eslabón de una cadena de pensamientos. Por eso es una petulancia, porque exige mucho, requiere que el lector reconstruya por su cuenta y con sus fuerzas toda la cadena. O quizás sea cautela, como sabía Heráclito: si se la quiere saborear, primero hay que agitarla y mezclarla con otros elementos, con ejemplos de la cosecha propia, experiencias personales, historias diversas... Son bien pocos, ciertamente, los que saben hacerlo y es por eso que en una sentencia se tiene derecho a expresar tranquilamente cosas inquietantes. Nietzsche demostró, así pues, que sabía sacar provecho de las excepcionales condiciones de este género supuestamente menor, el más indicado, sin duda, en manos de un gran escritor que quiere llevar adelante una implacable crítica a la moral.

La elección del formato fue una especie de provocación, de combate efectivo y a la larga victorioso por medio de una serie de acciones multiplicadas, como si hubieran sido ejecutadas por un conjunto de anónimos guerrilleros nómadas, contra los excesos sistemáticos y mastodónticos —y, en definitiva, completamente inútiles y banales— del aburrido ejército oficial de los posthegelianos que en la época ocupaban las cátedras universitarias de las facultades de filosofía. He aquí una consecuencia práctica de la radical reflexión sobre los presupuestos no cuestionados del discurso filosófico tradicional desde el imperante legado aristotélico, consecuencia que sólo admiten bajo características excluyentes que lo convierten en una especie de género literario pesado y sin atractivos: la forma sistemática, la demostración a la manera de los geómetras y matemáticos, el tratado doctrinal, la enciclopedia de las ciencias, la lógica concebida como ya completa, la dialéctica especulativa, la metafísica general y especial, o, por decirlo en dos palabras claramente hegelianas, el saber absoluto. Nietzsche demostró sin alboroto que hay otras formas de dar vida a la filosofía, como ya sucedió en la época trágica de los griegos, con poemas, como hizo Parménides, o con aforismos y sentencias, como Heráclito; o como harán más tarde también Lucrecio y Pascal, respectivamente; o con diálogos y cartas, como Platón; o bien, si queremos ejemplos de nuestro siglo, como

han hecho Heidegger y Wittgenstein, creadores de dos grandes estilos de poderosa escritura que no renuncia ni a la poesía, ni al diario, ni al apunte fragmentario y dialogante.

El trabajo estilístico nietzscheano quiere fidelidad al río de la vida, al paso del tiempo, a las vivencias e intuiciones momentáneas, a los detalles únicos, a la realidad que rompe con toda lógica y todo sistema, pero desde una fortísima consciencia de las limitaciones de la necesaria mediación lingüística, siempre metafórica y retórica, forjada para decir lo que es general y universal, comprensible para todos y repetible por todos. Como muy bien ha explicado el novelista Milan Kundera, el rechazo de Nietzsche al pensamiento sistemático tiene otra consecuencia: una inmensa ampliación temática; han caído las barreras entre las diversas disciplinas filosóficas que han impedido ver el mundo real en toda su dimensión y desde entonces toda cosa humana puede convertirse en objeto del pensamiento de un filósofo. Esto también acerca la filosofía a la novela: por primera vez la filosofía reflexiona no sobre la epistemología, sobre la estética, sobre la ética, sobre la fenomenología del espíritu, sobre la crítica de la razón, etcétera, sino acerca de todo lo que es humano: sobre la mujer, sobre el juego, sobre el aburrimiento, sobre las traducciones, sobre los eruditos, sobre el espíritu de obediencia... y sobre mil casos psicológicos que no se encuentran en ningún otro sitio fuera de allí, a excepción quizás de en algunos raros novelistas como por ejemplo en sus queridos Stendhal y Dostoievski.

La brevedad de los textos, la elegancia de la dicción, el elemento satírico y crítico que suelen contener y con el cual hacen explotar los lugares comunes y otros ídolos de la tribu, quizás consigan que le parezcan demasiado fáciles al lector, una especie de exotismos y ocurrencias para distraerse. Hay que ir, sin embargo, con mucho cuidado: ya una nota de 1882 indica que en las montañas el camino más corto es el que va de cima a cima —¡sólo que hay que tener las piernas bien largas! Las sentencias son cimas: no lo olvidemos nunca. Tenemos que ejercitarnos en el senderismo para fortalecer la musculatura y saber dar saltos y contemplar los paisajes. Otro fragmento de 1879 critica la rapidez con que los lectores leen y van pasando las páginas de los libros de aforismos, a un ritmo constante, casi al mismo número de segundos por página, si pudiéramos medirlo con un cronómetro. Sin embargo, contienen pensamientos absolutamente diferentes que hay que meditar a fondo, unos más pesados, otros más ligeros —y hay lectores que no tienen para todos ellos más que una única manera de gozarlos! Los va leyendo sin detenerse, uno tras otro, el miserable, ¡como si hubiera que leer así las colecciones de pensamientos!

Joan Fuster, que también cultivó magníficamente este género literario, nos explica ya en el prólogo de *Consells, proverbis i insolències* que los libros de aforismos nunca podrán ser "digeribles" a la manera en que lo son una

novela, un poema épico, una monografía erudita o un tratado de teología. Un paquete de aforismos demasiado grueso no admite una lectura seguida. Cansa. Cansa, probablemente, por su propia dispersión intelectual, por su abertura sincopada, por el complemento de meditación que reclama... Un aforismo de la segunda parte de *Humano, demasiado humano* comenta, desde un ángulo diferente, el éxito de las sentencias, al tiempo que hace burla de los lectores inexpertos, que en cuanto encuentran una que al instante les parece evidente por la sencilla verdad que expresa, opinan siempre que es antigua y conocida y miran con malos ojos al autor, como si fuera un ladrón del tesoro público: prefieren las verdades a medias, sobre todo si son descaradas y picantes, con lo cual el autor ya sabe dónde ha triunfado y dónde ha fracasado en su tarea. Pues bien, ya tenemos unos cuantos consejos para no leer erróneamente ni malinterpretar esta larga colección de pensamientos que forman el texto póstumo y jamás preparado para la imprenta que el propio Nietzsche llamó *Libro de sentencias*.

Lo escribió durante el verano y el otoño de 1882, mientras corregía las galeradas de *La gaya ciencia*, y residía en el pueblecito de Tautenburg, no lejos de Jena. En aquel momento vivía un momento de máxima amistad con Lou Salomé, una joven rusa inteligente, arriesgada y encantadora que también inventaba aforismos. En Bayreuth se estrenaba el *Parsifal*, ya sin la presencia de Nietzsche, que durante años había sido un interlocutor íntimo de los Wagner. Los celos y las rivalidades con el antiguo amigo Paul Rée y, sobre todo, entre la hermana Elisabeth y la seductora Lou, rompieron este breve idilio que también dio lugar a una obra musical, *La canción a la vida*, y a graves problemas con la familia. El otoño en Génova, la patria de Colón, reconcilió al escritor con la soledad y con la filosofía, y consiguió convertir en oro los sufrimientos y miserias que acababa de vivir, en parte gracias a la composición de este conjunto de aforismos breves que siempre subtítulo como *Libro de sentencias* (*Sentenzen-Buch*). El proyecto lo encabezó con unos cuantos títulos provisionales: *En alta mar* (*Auf hoher See*), *Conversaciones en silencio* (*Schweigsame Reden*) y hasta con el más tarde aprovechado *Más allá de bueno y perverso* (*Jenseits von gut und böse*), tradicionalmente traducido como *Más allá del bien y del mal*. El propio Nietzsche numeró 445 sentencias, aunque a veces añadía alguna nueva sin ponerle la numeración correspondiente. Nunca publicó esta colección, pero lo cierto es que la aprovechó en obras posteriores, sobre todo para la sección de *El crepúsculo de los ídolos* titulada precisamente *Sentencias y flechas*, compuesta por cuarenta y cuatro breves aforismos. El gran traductor de Nietzsche al castellano, Andrés Sánchez Pascual, seleccionó veinticuatro de ellos para la antología de quinientas noventa y una sentencias que, con el título de *Aforismos*, publicó en el año 1994. Por eso, si no nos equivocamos, creemos que esta es la primera vez que se editan de forma completa en España. La compilación, por lo tanto, la hizo

el propio Nietzsche, sin intervenciones ajenas a la hora de establecer cualquier selección y es una buena muestra del amplio abanico de intereses del escritor y pensador: nos encontramos, por lo tanto, frente a un libro inédito de Nietzsche, no ante una antología preparada por nosotros.

Sobre verdad y mentira en sentido extramoral es un breve escrito póstumo de la juventud de Nietzsche, dictado a un amigo durante el verano de 1873, que, como han reconocido todos los estudiosos, goza de una máxima significación para la comprensión de toda su filosofía, sobre todo de su teoría del conocimiento. Parece increíble que en unas pocas páginas de una escritura bellísima y sugerente, casi como si nos encontráramos ante un cuento filosófico de Voltaire, podamos encontrar un excelente resumen de las principales tesis de los pensadores escépticos de la antigüedad, los discípulos de Pirrón, así como de los mejores retóricos de todos los tiempos, sin dejar de lado la nueva consideración sobre el lenguaje que comenzaron unos cuantos pensadores alemanes de finales del XVIII, sobre todo aquel trío formado por Hamann, Herder y Humboldt. El propio título, tan largo y a la vez tan abreviado y condensado, convertido en un clásico, pretende ya señalar que este pequeño tratado intenta tomar un camino que no persigue visitar la isla de la perversa Circe, por si acaso la bebida que ofrece —la moral— nos convierte en unos animales sucios, como dice *La Odisea* que les ocurrió a los poco previsores amigos de Ulises. Así pues, la verdad y la mentira serán consideradas desde un punto de vista "extramoral", es decir, sin que la verdad sea automáticamente signo de bondad y de belleza —y la mentira, por contra, un equivalente necesario de maldad y fealdad—, como parece que ha sido habitual en la filosofía desde las obras de Platón. Aquí no se admiten estos típicos compromisos morales de la tradición y se adopta una nueva perspectiva a contracorriente, que mira la mentira con otros ojos, más neutrales, en principio, e incluso nada refractarios a considerar que las mentiras también cumplen funciones vitales y suelen ser muy bellas, especialmente en manos de los artistas. "En sentido extramoral" implica también una infrecuente concepción de la distinción entre lo verdadero y lo falso en la medida en que surge de la vida, de la naturaleza, de las pulsiones, del mundo preconsciente y prerracional, animal e instintivo, en que también vivimos y que es el fondo ineludible que nos constituye a los humanos como seres vivos entre otros organismos vivos de diferentes especies. Esta mirada es reivindicativa y alegre, incluso liberadora y reconciliadora, porque, en contra de lo que se supone, no caemos necesariamente en una especie de abrumadora nada por el hecho de cuestionar aquella vieja concepción de los humanos que los considera simplemente "lógicos", "racionales" y "autoconscientes"; al fin y al cabo somos unos animales extraños aún sin fijar e inacabados y todavía podemos dar juego, mucho juego, con otras relaciones

con la naturaleza y, para empezar, con nuestra propia naturaleza. Por otro lado, sentido "extramoral" también insinúa una situación fuera de la ley, fuera de las costumbres y de los códigos habituales, sin miedos ni frenos, lo que no implica delincuencia y crimen, sino que más bien pretende acercarse a la inocencia, a una mirada sin culpabilidad; se corre incluso el riesgo de llegar a un malentendido por parte de los defensores de las verdades establecidas, que quizás consideran que el que se arriesga de ese modo es un irresponsable, cuando no lo adjetivan de libertino o libertario. No resultará por lo tanto sorprendente que la distancia y el tono inusuales de quien nos habla desde semejante "sentido extramoral" parezcan antes que nada fríos y duros, como inhumanos, casi como si nos hablara un extraterrestre, un visitante que viene de Sirio o de otra constelación, como siempre han imaginado los escritores de la literatura satírica, desde Luciano de Antioquia hasta Voltaire, pasando por Swift.

Todo el ensayo lucha contra un olvido decisivo, la necesaria tarea creativa de la fantasía o la imaginación en el proceso humano de la percepción de la realidad y, en especial, en la creación del lenguaje: cada palabra es doblemente metafórica y los humanos tenemos ciencias porque previamente ya somos artistas consumados en las relaciones que, como sujetos, mantenemos con los objetos que nos rodean. Por lo tanto, la pulsión fundamental que nos constituye como humanos es el impulso hacia la formación de metáforas, la capacidad de jugar y de inventar, nuestra vertebral condición de artistas. Los viejos griegos continúan aleccionándonos, porque siempre se relacionaban con las cosas mediante creaciones mitopoiéticas, transformadoras de las necesidades. Una nueva conciencia de la metafóricidad constitutiva del lenguaje que, como miembros de la especie humana, nos caracteriza puede conseguir una vida más alegre y creativa, una fiesta de liberación de las esclavitudes y de las subordinaciones que arrastramos: la famosa dialéctica hegeliano-marxista del amo y el esclavo vive en este texto una interesantísima y no menos importante reformulación. Y, una vez más, el mismo Nietzsche lo demuestra rescribiendo con embrujadora maestría toda una serie de ejemplos y de modelos tradicionales que, en sus manos, transmiten un nuevo mensaje de invitación a la danza y a la poesía. Nos referimos a la sutil reutilización crítica de las arañas y las abejas, las necrópolis, el columbario de los romanos, las pirámides, la cárcel, la torre de Babel, el juego de los dados, las etiquetas, las monedas sin imagen, las catedrales y las cabañas, el río heraclítico, etcétera. Pocas páginas del legado de este autor demuestran con tanta fuerza la íntima colaboración entre el escritor y el pensador, el Nietzsche que aquí y ahora queríamos presentar al lector.

Este pequeño libro de homenaje al gran filósofo durante la celebración del primer centenario de su muerte ha sido posible gracias a la ayuda de unos

cuantos amigos. Vicente Raga me pidió hace ya unos años que preparara un libro de aforismos de Nietzsche, lo que me permitió descubrir la existencia en los cuadernos póstumos de este *Libro de sentencias* tan aprovechado y tan desconocido al mismo tiempo. Una primera versión pasó por la siempre sabia lectura de dos buenos amigos y buenos conocedores de Nietzsche que, como él, también son excelentes pensadores y escritores, Enric Sòria y Guillem Calaforra. Sus conocimientos de la lengua alemana permitieron que el amigo Guillem revisara con rigor y exquisitez la traducción de *Sobre verdad y mentira*, así como esta *Introducción*, y que las enriqueciera con propuestas muy acertadas. Y Joan Garí y nuestro compañero, el profesor Francesc J. Hernández, se han implicado de manera admirable en todos los preparativos de la edición de este nuevo título de la colección que dirigen. A todos ellos, muchas gracias.

Mientras trabajábamos los materiales del libro, durante el mes de agosto, hemos perdido a un amigo, quizás la persona que mejor nos ha hecho comprender la verdad de esta famosa sentencia nietzscheana que dice que "sin la música la vida sería un error". A menudo comentamos la importancia que tienen para nosotros, los europeos, las relaciones entre música y filosofía, entre Schopenhauer, Wagner y Nietzsche. A todos los valencianos nos enseñó a gozar de la música con dignidad y a poner en palabras bellas y sensatas la vivencia de este arte intrínsecamente ligado al paso del tiempo. Por todo ello queremos dedicar este pequeño homenaje a la memoria del gran crítico musical Gonzalo Badenes.

003	<i>Nietzsche, el escritor y el pensador</i>	Joan B. Linares
020	<i>Ausencia y presencia</i>	José C. Bermejo Barrera
035	<i>La polémica del lujo en Rousseau y los enciclopedistas</i>	Fernando Calderón
049	<i>¿Dios o dios?</i>	Javier Palacios Alonso
063	<i>La vida, la muerte, lo masculino, lo femenino</i>	Alvaro Rodríguez
076	<i>Ser y existir en Jean-Paul Sartre</i>	Sergio Fernández de Villarán Lanza
106	<i>Identidades asesinas</i>	Silvia Pascual Regueiro
111	<i>Origen del término posmodernismo</i>	Gustavo González Argüello
121	<i>La veo a veces</i>	Moisés Pérez Marcos
123	<i>Poemas</i>	Guiomar
126	<i>Poemas</i>	Eze
128	<i>Poemas</i>	David
131	<i>Xaikus</i>	Jabier Deltoia

gárgola vacas es una revista de filosofía y pensamiento hecha por los alumnos de filosofía de la Universidad de Valladolid. Su propósito, más que el de reunir y publicar una selección de textos de calidad, es el de crear un lugar abierto a todo aquel que desee colaborar, evitando la restricción al pensar que supone el autoritarismo de ciertos criterios. Un lugar especialmente dedicado a ese pensamiento marginado por su 'inexperiencia', a ese pensamiento que se desarrolla en un espacio desolado, entre la insuficiencia de la conversación y la clausura de los nódulos académicos. Lugar de encuentro, pero también encrucijada. Aquí es donde se manifiesta esa resistencia propia de la llegada, en la ligadura que nos une a nuestras palabras: nuestra responsabilidad.

gárgola vacas quiere dar las gracias a todas aquellas personas que de alguna u otra manera nos han prestado su atención o ayuda –porque sin ellas todo habría sido mucho más difícil / **gárgola vacas** es una revista subvencionada por el decanato de la facultad de filosofía y letras / **gárgola vacas** es una revista abierta y no se hace necesariamente responsable de las palabras de sus colaboradores / **ánimate y participa.**

gárgola vacas

revista de filosofía y pensamiento

alumnos de filosofía de la universidad de valladolid

